

CUANDO SE NOMBRA EL SILENCIO



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Cuento • Bruno Estañol

Edwin Omar Marín

CUANDO SE NOMBRA
EL SILENCIO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA





**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020

Primera edición: 2020

© Edwin Omar Marín Olán

D. R. © 2020, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8735-15-0

Impreso en México - *Printed in Mexico*

*A la memoria de Hortencia Olán,
mi madre*

*¡Qué desgracia! ¡Qué injusticia!
Todos los hombres somos Job.
Aquí estoy sentado en un túmulo
de ceniza, rascándome las llagas
morales y físicas y reprochando
a Dios su injusticia. ¡Oh Dios,
dónde estás! ¡Oh Deus Abscondi-
tus! Asómate por el resquicio de
la puerta y déjame verte*

Bruno Estañol, «Respuesta a Job»

*No sé si me entiende: unos buyen
del amor y otros lo buscan con
voracidad, pero al final de cuen-
tas todos terminan sintiendo lo
mismo, una insoporable sensación
de vacío. Ahora, salud, brindemos
por el vacío en todos nosotros.*

Rubem Fonseca, «Gacela»

Veritas filia temporis

1 de agosto

He decidido estudiar Derecho. Fue fácil aprobar el examen de admisión, en México todo se puede, mejor dicho, en México todo se vende.

Hoy conocí a Natalia, la More. Inmediatamente me identifiqué con ella; los homosexuales tenemos un sexto sentido, raudamente nos reconocemos unos con otros, es cuestión de instinto, no de práctica. Es un poco gorda y reventada. Me gustó su osadía. Te manda al carajo a la menor provocación.

Comimos juntos. Me dijo que era del sur. No me invitó a su tierra porque dijo que era poca, lo correcto era que me invitara a sus aguas. Acepté, pero no pusimos fecha. Creo que todo quedará en planes inconclusos.

5 de agosto

Hoy es viernes, estoy harto de estudiar el propedéutico. De todos los doctores en Derecho vino a darme clases el pendejo de Regil. No sabe nada de Taller de Lectura y Redacción, estoy seguro que en su vida ha leído un libro completo, ni siquiera las aventuras de Kalimán. Ni modo, esto me tocó, como decía mi padre, quien nunca quiso que me fuera al extranjero, o quizá ya presentía su muerte y sabía que no podría irme por falta de dinero y de güevos.

Lo único agradable de este día fue haber cenado con la More y escuchar sus aventuras sexuales con su última ex, me sorprendió la gallardía de haberle contado a sus padres gustos y preferencias a tan temprana edad. No lo tomaron a mal, me dijo, hasta me dejaban llevarlas a la casa y encerrarme con ellas, y soltó una carcajada tan larga que todos en el restaurante voltearon a vernos como acribillándonos con la mirada. La admiré todavía más, ¿cuándo tendré el valor de contarle a mi madre que me encantan los machos?

7 de agosto

Afortunados fuimos de que el pendejo de Regil solo nos diera el propedéutico. Hoy llegó el doctor Joaquín a impartirnos la asignatura de Taller de Lectura. Es un hombre bien parecido, alto, de cuello alargado como un cilindro, con buen porte y nalguitas discretas. Me pareció un poco presuntuoso, hace gala de su latín casi al final de cada clase. Noté que su mirada se distraía mucho hacia la More. Mientras hablaba, casi siempre sus ojos descansaban sobre las redondas y firmes tetas de ella. De vez en vez la miraba y, ni tarda ni perezosa, la More exhalaba profundo, como para que sus tetas se vieran todavía más imponentes.

Me alegró que fuera él y no Regil el profesor de Taller. Leímos un trabajo de Carlo Ginzburg sobre el «paradigma indiciario», que aparte de su lucidez narrativa, reunía a Freud, Conan Doyle y al italiano Giovanni Morelli, algo poco usual en las Ciencias Sociales. Era un triunvirato de personajes que compartían algo en común, los detalles infinitesimales para llegar a una verdad. Fue lo mejor del día.

9 de agosto

Salimos temprano de la Universidad. La More y yo nos dirigimos a la inauguración de «La última chela», un bar ubicado en Insurgentes Sur. La propaganda había llamado nuestra atención, aparecía Jesús con sus doce apóstoles hasta la madre de pedos. Jesús sostenido de avioncito a punto de caer al suelo y Judas con aire contrito, digiriendo la copa hacia su boca. Entramos.

Vi a Joaquín besando a un tipo; no me reconoció. Me senté con la More al final del bar, era largo y angosto como vagón de ferrocarril. Desde el fondo podía observar que Joaquín, pegado a su derecha lo abrazaba, y de vez en cuando deslizaba su lengua sobre la oreja del galán. La More y yo no podíamos creer tal espectáculo, tan machito que se veía, me dijo, aunque no nos hagamos pendejas, continuó, ambos sabíamos que la Quina era de ambiente, y me guiñó un ojo como señal de sapiencia ante el mundo.

No puedo evitar sentir escarabajos en la panza esta noche. Algo bueno debe estar por venir. Deseo soñar con la Quina, si los sueños son lo que dicen algunos psicólogos, un caldo de frustraciones, miedos, añoranzas, deseos, recuerdos, seguramente Joaquín me acompañará esta noche.

11 de agosto

Hoy tuvimos dos horas de Taller de Lectura. Joaquín llegó más elegante que de costumbre. Portaba un pantalón de casimir inglés color negro, una camisa de seda color rosa y unos zapatos tan pulcros que se podía reflejar el edificio de la Facultad al mirarlos. Nos hizo la dinámica del chocolateado. Cada uno de nosotros iba saliendo del salón de

clases al azar, posteriormente y al cabo de unos minutos regresábamos con la misión de adivinar el verbo que mis compañeros habían elegido. Solo podíamos dar con el verbo si utilizábamos bien el paradigma indiciario propuesto por Ginzburg. Por ejemplo, se preguntaba a tres compañeros: ¿En dónde lo chocolateas? ¿Con quién lo chocolateas? ¿Cuántas veces lo chocolateas al día? Y el verbo podía ser bailar, correr, nadar, comer, etc. La dinámica fue divertida y yo solo soñaba con chacoloteármelo a él.

18 de agosto

No sé cuánto tiempo esperaré para confesarme. Soy la última esperanza de mi madre para hacerse abuela por tercera vez. Mi única hermana se operó y mis sobrinos bien podrían hacerla bisabuela, además el mantenido de su esposo decidió que lo mejor era vivir en Tabasco. Hace tres años que no los vemos.

Hoy advertí que la More tiene el cuerpo amorfo. Una espalda ancha de alijador, rematado con piernas huesudas de peón de albañil. Por si fuera poco, tiene la cara aindada retocada con pómulos de anfibio. Pepe el Toro y Pedro Navajas juntos parecerían dos niñitas cursis jugando a las vencidas contra ella. ¿Me gustará? No sé, quizá sea tanta convivencia, no importa. Por lo pronto mi objetivo inmediato es coger con la Quina, sus nalguitas están cada vez más respingadas, hasta parece que puedo colocar un vasito de agua en ese culito ladino. No esperaré más, la próxima semana le diré que me gusta.

27 de agosto

No fue necesario mi atrevimiento verbal. Joaquín sabía que me gustaban los hombres, todavía no entiendo, hasta la fecha me sigo vistiendo como varoncito, voz de soldado antiguo, nadie debería sospechar mi orientación sexual. En fin, si alguien era importante que lo supiera era mi Adonis.

Esperó que todos salieran y me pidió quedarme de último con el pretexto de charlar sobre la obra que yo leía esa semana, *El hombre que fue jueves*, de Chesterton. Cuando me senté frente a su pupitre, apartó de inmediato mi libro y fue directo: me gustas. Después agregó, te espero a las ocho en «La última chela». No pude contestar. Se paró de súbito y abandonó el salón. Antes pude leer unas letras tatuadas en su dedo medio que rezaban: *Veritas filia temporis*.

Recién regreso del encuentro, me besó, me tocó, acarició con los nudillos mi rostro, apretujó mis nalgas y lamio mi cara como si fuera un helado de coco, confieso que su saliva es suave y tiene el olor de la guayaba. Hoy no me bañaré, dejaré que su saliva fermente mi piel, uno nunca sabe, quizá mañana nazca el amor.

10 de septiembre

No lo he visto desde hace muchos días, ha sido una eternidad. Supe que se fue a Caracas a un congreso sobre derechos humanos. Tan solo me queda su sabor a guayaba en los labios y la sensación de firmeza de su pene. Nunca había sentido un miembro tan largo y flaco como el suyo, por momentos sentía estar tocando un BonIce.

Por la tarde fuimos a «La última chela». La More me confesó estar clavada con la directora de la Facultad, aunque me hacía el desentendido bien que me fijaba de su mirada perversa cuando la maestra subía a su auto y dejaba entrever la firmeza de sus piernas y más allá. Pero esa pecera es muy honda para ella. No hay un ápice de esperanza.

Nos tomamos unas artesanales. A ratos nos distraíamos tanto que el ruido de la gente y la música eran inadvertidos. La More entristecía el rostro como perro con sarna. Por mi parte yo colocaba la cerveza sobre mi frente hasta calentarla sin que me diera cuenta. Salimos medio ebrios y ella tomó un taxi. Yo me dirigí a la estación Dr. Gálvez para tomar el metrobús.

16 de septiembre

La More y yo fuimos a dar el grito al Zócalo. Ambos nos mofamos del Presidente y su acento costeño. ¡Vivan los héroes que nos dieron patria! ¡Viva Morelos!

Nos quedamos a escuchar a los Tacubos y tarareamos todas sus canciones, desde «María» hasta «Déjate caer». Fue justo en esta última cuando me pareció ver a Joaquín acompañado de una mujer alta y de cabello largo. Me abrí paso entre la multitud en júbilo, empujé espaldas, tropecé con niños, agarré nalgas, recibí mil insultos recordándome a la más vieja de mi casa. No lo encontré.

Regresé al lugar donde había dejado a la More pero la pinche marimacha ya coqueteaba con una chica. Para eso me gustabas, pensé. Me hizo señas de que me largara y no hubo más remedio que regresar a casa donde mi madre celebraba dando el grito con un tipo en su cuarto. No hice

ruido y pasé de largo a mi recámara donde a estas horas todavía persiste la imagen de Joaquín.

20 de septiembre

Desde el segundo piso de la Facultad pude observar por vez primera la calvicie de Joaquín. Esperábamos la clase de Taller de Lectura mientras la More me contaba su aventura con la chica del Zócalo. Está bien rica, me dijo, pero yo no quitaba la mirada de encima de esa aureola brillante que era la calva de Joaquín. Ascendió rápidamente las escaleras y al cabo de unos segundos estaba allí, justo frente a mis ojos. Me sonrojé cuando clavó sus pupilas en las mías.

La clase consistió en redactar un escrito sobre «La muerte del estratega», de Álvaro Mutis, cuento de lectura áulica. No pude evitar transportarme a la Grecia clásica e imaginarme a Joaquín como parte del Senado, con su túnica blanca y una corona de laureles sobre su cabeza. Sé que esto parecerá cursi, pero luego sorprendentemente su falo levantaba la túnica blanca y el BonIce alcanzaba toda su longitud dispuesto a ser disuelto en mi boca inequívoca. Por esas tonterías no pude terminar de redactar y Joaquín tuvo que esperar un poco más de lo señalado. Todo salió de maravilla, me quedé solo con él en el aula durante diez minutos. Entregué mi escrito y al final una nota que decía: Te espero mañana a las 8 en «La última chela».

21 de septiembre

He maldecido su nombre mil veces, y solo los perros despiertan entre miedos. La Quina nunca llegó. Me quedé es-

perando como un vil idiota. Bebí impaciente cerveza tras cerveza mientras mis nervios acrecentaban. Por momentos iba al baño para peinarme, lavarme la cara para verme decente. Fueron tres horas de espera. No hubo llamadas, mensajes, nada que me indicara o diera una esperanza. Maldito, se burló, imagino su cara envuelta con una sonrisa tan larga que me eriza hasta el culo. ¡Maldito! ¡Maldito! No habrá sepulturero para tu muerte.

2 de octubre

La conferencia de Poniatowska fue de lo mejor. Me sorprendió la amistad de Joaquín con ella. Al finalizar la charla ambos visitaron la tienda de *souvenirs* de los Felinos. Después de eso no supe más, habrán ido a «La última chela», uno de los lugares predilectos de él. Por mi parte me vine temprano a casa, tenía que finalizar el ensayo de Doctrinas Políticas. Nuevamente no pude platicar con él. La angustia comienza a desesperarme, se ha portado indiferente, ni siquiera se ha tomado la molestia de ofrecerme una disculpa por el plantón que me dio. Nunca me había sentido tan atraído por un varón. La More dice que no vale la pena, que me olvide de ese mariconcito flaco, pero en ocasiones el corazón es anárquico, nunca he podido gobernarlo, es el único músculo que no me obedece, por eso sufre el pendejo, y se oscurece, y se pudre.

14 de octubre

Todavía puedo sentir su sabor a guayaba. Se reivindicó esta tarde. Me sentí protegido entre sus brazos. Fuimos

a la plaza Santa Fe a comprar unos discos y no tuvo la menor dificultad para tomarme de la mano de vez en cuando. Nunca había sentido tantos jalones detrás del corazón, como si por momentos este último tuviera una larga cabellera de la cual alguien se sujetaba y tirara con fuerza sacudiéndolo a borbotones. Compramos el *B Side* de Placebo y lo nuevo de La Barranca. Posteriormente nos metimos a la librería por *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger y *Las bodas de Cadmo y Harmonía* de Roberto Calasso. Si hay algo que dibuja una sonrisa tan larga en el rostro de Joaquín es comprar libros y discos. Son compras pendientes desde hace dos meses, me dijo.

Fuimos a cenar comida china. Eran casi las nueve de la noche y las horas habían pasado con la prisa de un guepardo. El teléfono de Joaquín sonaba a cada momento y se hacía el desentendido. Cuando la luz de su celular se encendía podía leer el nombre de quien llamaba: Julio César. Tampoco quise darle importancia. Terminamos de cenar y me dio el *ride* a mi casa. Nos despedimos con un largo beso del cual todavía tengo el sabor.

18 de octubre

De todas las doctrinas que he repasado me sigo aferrando a la más ridícula: estar podrido. Quién iba a pensar que todo acabaría así. Debut y despedida. Efectivamente nunca olvidamos al primero en la vida. Joaquín fue el primero, se ha llevado todo de mí, alegría, ganas de soñar, mi virginidad. No fue sino al final cuando supe el porqué de esas posiciones extrañas en dirección a la ventana y las luces apagadas como en la época de mi abuela a la hora de la intimidad.

Pude observar a César deslizarse por la sombra de la cortina del cuarto e ir directo al baño. Me paré de súbito y encendí la luz. Vi al cerdo con el pito en la mano, sentado en la taza del sanitario. Me vestí de inmediato y salí llorando del motel. Solo alcancé a escuchar a Joaquín gritar: ¡No fue culpa de César!

Tomé un taxi que me trajo de nuevo a casa de donde hoy no debí salir. El puto pagará caro su osadía. A la mierda el caldo freudiano. *Veritas filia temporis.*

Boleto

Cuando por fin estuve frente al hombre después de una larga fila, pude distinguir el nombre que llevaba grabado en un *gafette* que colgaba de su camisa: Pedro.

Era un hombre alto, blanco y barbado. Su trabajo, como todo taquillero, era vender boletos, con la única excepción que Pedro vendía boletos al Paraíso o al Infierno, el primero a un costo muy elevado.

Desde luego, como todo buen hombre mi intención era entrar al primero. En mi otra vida seguí casi todos los mandamientos celestiales y terrenales. Fui un burócrata ejemplar de tercera categoría. Mi trabajo consistía únicamente en transcribir documentos. Cuando mi jefe, el licenciado Penagos, me hizo transcribir un documento de tercera a primera persona y me quebré la cabeza sin poder lograrlo, supe que jamás me ascendería. Pese a todo, fui un hombre a gusto con lo que la vida me ofrecía, por tanto, digo que fui un trabajador ejemplar. Nunca me casé ni tuve hijos, fui un perfecto oficinista dedicado a mi trabajo.

Con todos mis antecedentes de hombre digno y ejemplar, tenía la seguridad de que mi boleto sería al Paraíso. Mucho había escuchado de aquel lugar, donde «no había llanto ni clamor».

Pedro posó sus grandes ojos sobre los míos y percibí una paz de oveja en los de él. Medité por un instante acerca

de su nombre mientras se dignaba a darme el veredicto final. ¿Cómo un hombre puede llamarse Piedra?

El taquillero seguía con el ceño fruncido, revisando un libro que llamaban *De la vida*. De este lado también existen clases sociales y prejuicios de todo tipo. Con todo y sus pesares, quería saborear las golosinas del reino.

Seguí impaciente por un tiempo más en espera de una respuesta positiva mientras cargaba sobre mis hombros los recuerdos, anhelé por vez primera un universo sin óxidos, sin cruz ni fe, libre de prejuicios atávicos.

Pedro por fin extendió el brazo para entregarme el boleto, lo tomé con las manos trémulas mientras mi mandíbula parecía desencajarse. Decía: «Paraíso, zona V. I. P., entra a la rifa de botella nacional».

La conciencia del Diablo

Todos los días reviso mi Facebook. Me gusta enterarme y carcajearme de los cursos novedosos que ofrece la Escuela de Escritores Carlos Pellicer. «¿Quieres escribir y no te atreves?» «¿Tienes en mente tu primera novela y no sabes de técnicas literarias?» «¿Sabías que con inspiración no se escriben poemas?». En fin, una sarta de tonterías que harían reprobar a cualquier neófito del *marketing*.

En mi currículum tenía una decena de constancias de novela y poesía, pero no lograba escribir una *miarda*. Podía recitar de memoria el curso sobre «La poética de Octavio Paz» y toda esa basura. «La sin razón sospechosa de *El Quijote*». Basura y más basura. Que se pudran esos cursitos tan costosos y lastimeros.

Con el tiempo aprendí a odiar a los conductores de talleres literarios, es un buen maquillaje para cogerse mujercitas de talento carcomido. Al menos eso me tocó ver en esa caricatura. Desde el joven tripaseca que se daba aires de poeta hasta el gordo proxeneta que impartía los cursos de novela. Todos, sin excepción, son una *miarda*.

Mientras tanto, mi vecino publicaba su cuarto libro de cuentos. También odio a mi vecino. Pero lo de él es diferente. Lo odio por seductor, y por cogerse a más mujeres que el viejo Huhg Hefner. Lo odio por tener una casa mejor que la mía y lo odio porque me aprecia, como una suerte

de lástima que nos causa aquella gente principiante de las letras. Me consuela saber que al menos él paga sus publicaciones. A veces me hace pensar que es solo *pose* para seguir tirándose a las riquillas de Villahermosa. Es de suponerse, si el binomio dinero-palabras embellece hasta a un gorila, no se diga si encima es bien parecido.

Yo no poseo el capital de mi vecino, mucho menos su atractivo físico. Más bien soy chaparro, gordo y con labios olmecoides. Pero no se crean, no me molestan los sobrenombres. Me molesta no ser reconocido como escritor local, ¿será acaso porque no concibo escribir nada? Como sea, odio no ser reconocido.

Desde hace algún tiempo he pensado ver sangrar a ese tonto, dándole un gancho a su ardua labor de escritor de pacotilla. ¿Matarlo? No soy tan ruin. Deseo verlo triste, derrotado, que sufra como sufren esos bobos artesanos de la palabra cuando pierden uno de sus chocolatitos literarios que pretendían someter a concurso.

Mi vecino, después de saluditos a mano alzada, de pronto comenzó a visitarme cada tarde de domingo. Es probable que ese día lo tomara para descansar de sus escritos y de paso darle algo de sosiego a su próstata. Los otros días podía verle desde mi balcón pegado a su iMac, trabajando en esos cuentos que —debo separar mi odio de mis gustos—, no eran del todo malos. Su cuarta obra, *La cola de Belcebú*, bien podía merecer el Estatal de Cuento por obra publicada. Afortunadamente para mí, Roben, —así se llama mi vecino— odia los certámenes literarios por considerarlos una farsa.

Como les decía —siempre desvíó mis temas, por eso nunca escribo nada—, Roben me visitaba cada domin-

go para tomarse un café del Soconusco que conseguía con una joven estudiante. Traté de ser lo más inteligente posible, pero, a decir verdad, lo que más trabajo me costó fue disimular mi odio hacia él. Era tan natural en su forma de hablar, sin presunciones, un seductor legítimo. Yo sonreía con cada frase inteligente que decía y trataba de registrarla en mi memoria para decirla en la menor oportunidad que tuviera con una linda mujer-cita. Veía a cada momento la llegada de mensajes a su celular de tres mujeres para repetirle su amor. Más odio concentrado en mi hígado.

—He visto que gustas de leer mucho —me dijo mientras contestaba los mensajes.

—De todo un poco —contesté.

—¿Te gusta Francisco Tario?

—Sí, claro —le dije—. En realidad, no tenía la menor idea de quién era ese imbécil.

—Tengo que salir urgentemente —interrumpió—. La próxima vez me gustaría hablar algo sobre autores tabasqueños. Hay dos o tres que valen la pena. Los demás son basura y desperdicio de papel—. Roben cogió las llaves de su auto deportivo y salió a prisa de mi casa. Llevaba puesto un pantalón casual color *beige*, una camisa Dolce & Gabbana y unos zapatos que hacían juego con su cinturón. Nunca me había fijado bien en su forma de vestir. ¡Claro! Una idea genial se alojaba en mi mente.

Esperé un poco para comenzar a vestirme como él, no quería levantar sospechas. En mi cabeza la idea de acabar con su carrera de escritor no palidecía, todo lo contrario.

Pasaron algunas semanas y Roben no aparecía por su casa. Entonces comencé a acechar desde mi balcón la

forma de entrar y llevar a cabo mi acto; nada difícil, por cierto. Mi castigo estaba a punto de consumarse. En la cerrada donde vivíamos solo había seis casas, tres frente a tres. Fue un intento fallido por hacer un fraccionamiento a las afueras de la ciudad. Detrás de la casa de Roben había un extenso potrero que nos daba un aire campirano, *ad hoc* a lo que hacíamos que era leer, escribir (en su caso) y encerrarnos con mujeres (también en su caso) sin temor a los chismes. Los otros vecinos casi nunca estaban.

Entré por la parte de atrás. La casa estaba totalmente vacía, no había nada, nada susceptible al hurto. Caminé por toda la casa y no dejaba de impresionarme la desnudez de las habitaciones. Eso explicaba la ausencia de ladrones. Por fin pude abrir su cuarto de estudio. Había varios anaqueles cargados de libros. Escruté con calma casi todos los volúmenes. Desde las obras clásicas griegas hasta una sarta de puterías que comencé a hojear llamada *La estatua de sal*. Vi las obras completas de Michel Foucault, Octavio Paz y Oscar Wilde; puro *shoto*, pensé. Contemplé una vasta obra literaria y filosófica tan desconocida para mí que supuse sería un crimen a la humanidad entera. Nada me importó. Apilé los discos compactos, las revistas de sociología y todo el material con pleno escrutinio. Saqué el encendedor de mi nueva camisa Dolce & Gabbana. Fui prendiendo fuego por partes hasta cerciorarme de que el cuarto estaba completamente en llamas. Me detuve a observar. Juro que vi la conciencia del Diablo. Después, atravesé con sigilo a mi casa y cerré con llave la habitación. Pensé que todo había terminado para Roben hasta que al día siguiente

revisé mi Facebook y leí un enlace con una fotografía. Mi vecino aparecía más guapo que de costumbre como conductor del taller de cuento en la Escuela de Escritores. Le rodeaban bellísimas nínfulas como alumnas que se unían al festejo de su primera antología personal.

Despedida

El espacio era exacto para ellos dos. Romana tenía la certeza de que llegarían otra vez a la cúspide de la excitación. Sentada sobre la espalda de Dante, abría y cerraba ligeramente sus piernas como para apaciguarlo con el calor de su sexo. Dante agrandaba sus ojos negros y la intensidad de su respiración comenzó a descender hasta la calma. El asalto que ambos deseaban desde algún tiempo estaba a instantes de comenzar.

Ella se inclinó sobre él y alargó sus manos para derretirse con el poder de sus pectorales. Cerraba los ojos y le susurraba palabras entrecortadas al oído. Comenzó a girar en círculos precisos su rostro sobre el alargado y fino cuello de él. Deseaba seguir así antes de su partida. Sabía que pronto esta sería la última vez de tal entrega, sin reservas.

Romana recordó por breves instantes aquella tarde en que se miraron por vez primera. De inmediato supo que la relación sería ineluctable, franca, sin aspavientos. Él en cambio parecía un ente noctámbulo. El terror y la congoja le asediaban; todos esos sentimientos pestilentes que solo la vida es capaz de percibir. Entonces lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas (las de ella). Besó por vez última el asimétrico y alargado rostro de él. Después le apretó con sus musculosas

piernas el vientre. Este emitió un sonido poco usual y de sus ojos brotaron luces brillantísimas. Fue en ese instante cuando las puertas del hipódromo se abrieron y galoparon a una velocidad imponderable.

Ilya

Tenía los ojos pequeños por el sueño después de un largo viaje, los cabellos enmarañados y los labios resecos como arándanos viejos. Hizo un gesto de enojo al mirar el reloj, cubrió su rostro con la sábana y sin vacilar, se descubrió de nuevo. Se apresuró a tomar la toalla con orla de cisnes blancos, entró a la ducha y se dejó arrastrar por el arrullo del agua. Tenía atrapada la imagen de su extraño lugar, de su atmósfera azulosa y océanos pardos. Toda su vida había estado llena de sonoros y larguísimos sueños amorosos, deseaba el amor que predicaban sobre el planeta azul. Pero esta vez le fue permitido viajar y conocer lo que nombraban «el motor del mundo».

Salió con paso aletargado del baño, dejó caer súbitamente la toalla que cubría su voluminoso vientre y encendió el televisor. Caminó hacia la cama mientras observaba por el espejo sus aún húmedas nalgas. Se acostó en tanto acomodaba una almohada bajo su cabeza. Vaya —murmuró—, nunca imaginé que la catástrofe fuera tan grave. Las imágenes eran caóticas, agua por doquier en la ciudad, inexplicablemente la gente sabía controlar el pánico ¿Cómo la población podía ser racional en una ciudad irracional, en un mundo irracional? Se lloraba por las pérdidas materiales, por la muerte de los animales, pero no se lamentaban pérdidas humanas.

Ilya dejó de poner atención a las imágenes de fondo en la televisión, se dejó atrapar por la imagen de Edgardo, el reportero del canal local. Por un momento sus oídos se tornaron sordos, miraba atónita las cejas circunflejas del reportero, sus fuertes brazos de cemento, una hilera de dientes blancos y perfectos que parecían brillar bajo los ardientes rayos de sol. Acarició suavemente su vientre fresco todavía por algunas gotas de agua adheridas a su cuerpo. No dejaba de observar las abultadas venas que recorrían los brazos de Edgardo Fuentes, eran como una especie de culebras en movimiento. Se vistió inmediatamente y tomó de prisa un sombrero de ala ancha para protegerse del sol. Con la habilidad de una quinceañera descendió las escaleras en forma de caracol. Apresuró el paso y tomó un taxi viejo, corroído, víctima del tiempo agresivo, ineluctable.

—Lléveme a Tabasco 2000 —dijo con voz húmeda, mientras sacaba de su bolso un billete de cincuenta pesos.

El taxista recorrió por el retrovisor una vena azul que corría por los pechos de ella como una vera delicada. Se deleitó con la rubicundez de sus pantorrillas. Quiso mirar un poco más, pero Ilya selló sus piernas maquinalmente.

De vez en vez el taxista agrandaba los ojos para ver más allá, imaginaba un sexo depilado, convexo. Consciente de los antojos del chofer, Ilya imprimió dureza a su rostro, no podía insinuarse ante un ser ajeno a sus llamados.

El tráfico era intolerable, había calles cerradas por todas partes, el viaje se prolongaba cada vez más debido a las desviaciones que indicaba el agente de tránsito estatal. Ilya sentía que sería inútil llegar a su objetivo, ya no estaría allí. Sí, él, Edgardo Fuentes. Comenzaron

a desfilar ideas negativas, ¿aceptaría? ¿Cómo tomaría su atrevimiento de ir a verle y decirle que era el elegido? Por instantes quiso descender del taxi, quizá no estaba preparada para tal acercamiento.

El taxista se pasó el alto recibiendo con ello mil y un insultos. Ilya llevó las manos a sus oídos, sin conocer códigos, aquellas palabras la taladraban. Prestó atención al acento de los habitantes, a su andar rítmico como de felicidad eterna, era la antítesis de su entrañable Uqbar. Pero el destino la había puesto allí, en la ardiente, rauda Villahermosa.

Descendió rápidamente del taxi con la destreza de los guerreros antiguos de Uqbar. No esperó a recibir el cambio. El taxista sin decir palabra pasó revista nuevamente al estrambótico trasero de Ilya; movió la cabeza en forma de péndulo, lamentando no poder tocar aquella carne blanca, excesiva.

Ilya caminó de prisa, buscando el espacio preciso donde Edgardo Fuentes había transmitido en vivo las noticias del día. Sí, era justo frente a esa tienda naturista, estaban todas las señas observadas en el televisor, no había duda, desafortunadamente para ella Edgardo ya no estaba allí, había abandonado la transmisión, seguramente había ido a otro lugar a seguir informando en vivo. Ilya continuó caminando por Tabasco 2000, una zona ambientada para fungir como albergue, la gente pululaba acarreando sus pertenencias, aquellas que habían podido salvar: colchones, alhajas, cosas personales. Escuchaba comentarios acerca de los verdaderos culpables, desde Dios hasta el gobernador. Ilya apresuró el paso, movía la cabeza buscando alguna otra señal, quería recordar el color de la ropa de Edgardo, ¡caram-

ba!, aquí no se debe confiar en la memoria —murmuró. Recordó el ejercicio que el profesor Glitxx hacía con sus estudiantes en Uqbar, primero preguntaba cuánto tiempo llevaban con su reloj de pulso y cuántas veces veían el tiempo durante el día, luego indicaba que alguien lo dibujara a detalle. Todos acertaban. Pero aquí la atmósfera y el tiempo eran impredecibles, el ejercicio era prueba de la relatividad de los mundos. Era preferible la tinta más pálida que la memoria más brillante.

Decidió entonces continuar la búsqueda. Un hombre moreno, de baja estatura y musculoso caminaba a prisa. Ilya lo tomó por el hombro y con los labios temblorosos preguntó: ¿Ha visto usted a los reporteros del canal 17? ¿Sabe dónde puedo encontrarlos? El hombre la miró estupefacto, agrandó los ojos como si un fantasma de agua helada lo hubiese palpado. Sin pronunciar palabra alguna se alejó aumentando su prisa. ¡¿Y ahora qué?! —replicó ella—, Pareciera que lo asusté. Ilya siguió caminando alrededor de Tabasco 2000, tenía la mirada cautiva, sintió que el sudor le había escurrido el maquillaje, era un sudor abundante y largo como de río, comenzó a asomarse un color amarillento en su piel. El reloj-monumento estaba justo frente a sus ojos, no había prestado atención al mecanismo que hacía girar las agujas. Por un instante olvidó la imagen de Edgardo Fuentes, miraba fijamente aquel extraño sistema que estaba frente a la plaza Galerías Tabasco 2000, un reloj gigante en el que estaba enclaustrado el tiempo humano. El tiempo, —dijo ella—, esa forma innata de la experiencia.

Exhausta de tanto andar y con agua abundante en su cuerpo, Ilya decidió ir de nuevo a casa, tal vez estaría Ed-

gardo transmitiendo en vivo desde algún otro sitio, entonces recobraría las fuerzas para ir otra vez en su búsqueda. Pero la ciudad iba quedando cada vez más desierta, algunos autos se veían flotar a lo lejos, animales ahogados, con sus barrigas infladas. Ilya comenzó a temblar cual animal acechado, la dominaba el miedo, la ira, la impotencia, apretaba los ojos enjugados de lágrimas para dejar correr ese fluido salado que se mezclaba con el agua de su cuerpo. Pero la catástrofe era impredecible, inexorable, la ciudad poco a poco era asediada por el agua, un agua hedionda, negra, saturada de lagartos que observaban fijamente el terror villahermosino.

Avanzó por la avenida Ruiz Cortines; para entonces la ciudad era fantasmal. Ningún civil circulaba en ella, tan solo se veían uniformados, agentes federales que en sus veloces lanchas trataban de socorrer a los ciudadanos. Se escuchaban ruidos de potentes hélices sobrevolando la ciudad. Le fue cedido buscar el amor y lo extravió.

En su habitación, agotada y con las ansias crispadas, Ilya se tumbó al suelo en busca de sosiego. Las últimas imágenes vistas por ella fueron las de Edgardo Fuentes transmitiendo desde algún otro lugar, una nota en la pared que rezaba: «La ausencia de amor es también amor». Su cuerpo no se encontró en la habitación, tan solo un agua diáfana y llena de luz que nunca supo mezclarse con el caos.

Otredad

Nacimos gemelos idénticos; a ella decidieron llamarle Gabriela, a mí, Gabriel. De pequeños imaginábamos que una separación abrupta terminaría por secarnos el corazón, así que solo en escasos momentos dejábamos de estar cerca. Incluso, jugar a los adultos que se casan, siendo indistinto el sexo que nos tocaba representar. No tenía la menor dificultad de usar falda o pantalón en los momentos lúdicos. Podíamos soportarnos todo el día hasta la hora de dormir. Aun así, Gabriela se cruzaba a mi cuarto porque la Bruja la atormentaba en sus sueños y despertar a papá entrada la madrugada podía significar no comprar los ansiados juguetes que prometía. Para ese entonces contábamos con ocho de edad.

Con el correr del tiempo Gabriela se fue haciendo cada vez más fuerte, ya no cruzaba a mi cuarto, yo cruzaba al de ella. Ante una réplica de llamarme cobarde yo contestaba con reproche que en su momento jamás le negué cobijo entre mis sábanas, así se quedaba callada y podíamos compartir el mismo cuarto hasta antes de amanecer para no verme sorprendido por mis padres.

Algo en mi interior se fue hinchando como un grano, a sentirme atraído por los cada vez más redondos y perfectos senos de Gaby. En una ocasión decidí espiarla mientras ella tomaba una ducha, noté que algunos vellos diminutos y rubios como el trigo crecían alrededor de su sexo,

entonces mi pecho se llenó de su amor, de su figura exacta, de sus gestos de azúcar. Poco a poco sentimientos extraños me flagelaban el cuerpo, la mente, a veces el sexo. ¿Tendría algún significado la palabra amor?

Parte de la secundaria y la preparatoria pude controlar las emociones, controlar durante años que ningún patán se acercara a ella. En clases de Comunicación siempre fui el mejor y en cualquier momento podía compartir la noticia a mis padres, por los que Gaby sentía desmedido respeto. Pero el verdadero problema comenzó cuando fuimos a estudiar la universidad a Ciudad de México. Gabriela creció como las calabazas, caderas firmes y trasero abundante rematados por un respingo que daba la impresión de poder, un poder astuto y usurero.

La proximidad, las ganas de no apartarme jamás de ella me llevaron a tomar la decisión de escoger la misma carrera que Gaby. Mi temor se acrecentaba cuando de pronto sentí que ella estaba por deducir mis sentimientos de colmillos azucarados para con ella, porque desde hace algún tiempo sugiero que el amor es eso, «unos colmillos de azúcar que muerden y endulzan el muñón al desprender el brazo». No me he equivocado hasta hoy, el amor es eso.

Luis Felipe comenzó su cortejo como una asidua águila que busca sorprender a su presa. Desde el inicio se hizo notar como un joven noble, artista-deportista, semblante solemne. Descubrió que era la personalidad que Gaby buscaba, su otro yo, su otro yo que jamás he sido.

Cuando lo vi por primera vez parado frente a la puerta de mi casa en la colonia Doctores, imaginé su prematura muerte. No me sorprendió su visita, pero sí la rapidez con que Gabriela manejaba la relación, temía que esa noche le

diera el *sí*; ese *sí* tan ansiado por muchos, tan roído para mí. Ella lo invitó a pasar y a tomar asiento mientras sus gestos se desencajaban al mirarlo, deseaba verlo plácido y confortable en nuestro pequeño apartamento. Fue entonces cuando comprendí que no podía, no debía permitir tal proximidad en esa relación, había que cortarla de tajo, literalmente cortarle la cabeza a él, al pescuezo de gallina.

Esa misma noche fueron al cine, los seguí sin que se percataran de ello. Dejé que entraran a la sala. Yo iba con paso lento observando cada detalle de sus movimientos, los manoseos que él le propinaba cada que tenía ocasión causaban temblor en mi cuerpo, me llenaban de una rabia ciega. Me senté cinco filas detrás de ellos y podía mirar el brazo de él rodeando el cuello de mi hermana. Ella parecía del todo complacida y nuevamente la rabia se apoderaba de mis huesos.

La cinta había terminado y noté que su camino de regreso a casa era equivocado. Se desviaban cada vez más de la ruta que yo esperaba hubiesen tomado. Exclamé un ¡No! rotundo, de estruendo, cuando su carro entraba al motel Delicias. Ahora no tenía la menor duda, el maldito pescuezo de gallina debía morir, no de un tajo de mis afilados cuchillos, sino de dos. Una muerte que lo hiciera ver desagradable a la vista de Gaby. Entré al motel y mi buena fortuna hizo que los cuartos fuesen contiguos. Pude escuchar algunos gemidos de placer en ella y sentí que los hilos de mi cordura se desprendían lentamente. Duré en la habitación lo que duró su lascivo sexo.

Cuando llegué, después de recorrer la ciudad con las imágenes punzando mi cerebro, Gabriela yacía recostada en su recámara. Decidí observarla mientras oía su respira-

ción descansada y un ligero gesto dibujaba su rostro. La despedí con un pequeño beso en la comisura de sus labios que apenas le dio tiempo para gesticular una sonrisa quizá hostil. La oscuridad era clara esa noche.

Desperté y Gabriela se había ido a la escuela, no hizo nada por despertarme pese a los resultados de Historia de la Filosofía que el doctor Burkholder entregaría. Me quedé en casa escuchando *La flauta mágica*. Leía un poco mientras planeaba cada detalle de mi primer crimen, debía ser un profesional, no dejar cabos sueltos. Así permanecí toda la mañana, tarde, noche, esperando verla entrar con su bella figura lapislázuli. Pero no fue así, ella no volvió a pisar el apartamento jamás. Solo podía verla en la Universidad donde tampoco me dirigía la palabra. Luis Felipe había hurtado su memoria y mi crimen no podía esperar más.

Al día siguiente di con la dirección de quien había plagiado a mi hermana. Esa tarde esperé que ella saliera del nuevo apartamento que compartía con él. Después toqué a la puerta. Luis Felipe me recibió con un halo de desprecio en su mirada. Me dejó entrar y jamás imaginó mis ruines intenciones. Siéntate, ¿puedo ofrecerte algo?, —habló por fin. Entonces caí con la habilidad de un jaguar sobre su espalda. Sí, —le dije—, tu maldito cuello de gallina, al momento que colocaba mi afilado cuchillo sobre su tráquea. Jamás imaginé que el cerdo fuera luchador. Me dio la vuelta inmediatamente y colocó un puntapié en mis testículos que sentí escapar mi último suspiro de vida. Después puso el mismo cuchillo sobre mi cuello: Ni se te vuelva a ocurrir, —me dijo—, la próxima vez haré confeti con tu pellejo. Me sacó de

los cabellos, a patadas, jamás había sentido tanta humillación. Decidí regresar a mi apartamento a hundirme en esta mísera soledad de perro enfermo.

Hoy nuevos bríos recorren mi adolorido cuerpo. En el cuarto de Gaby está todo intacto: accesorios, ropa, maquillaje y sus especiales perfumes con los que bañaba su escultórico cuerpo. Jugué a los adultos con su ropa, me miré al espejo, no encuentro diferencia alguna entre ella y yo, amo ver a Gaby en mí...

Rosco

Para Hortensia Marín, mi hija

Fue un regalo de mi padre en fiestas decembrinas. Era algo inusual, pues él nunca acostumbraba regalarnos nada. Más bien fue un pretexto para llevarlo a casa y evitar discusiones con mi madre, ella era enemiga de los perros desde que un dóberman le dejara sembrados los dientes en una de sus pantorrillas. Luego supe que Rosco lo ayudó a capturar uno de los marranos que compró y revendió en el pueblo. «Mejor nos dedicamos a la reventa —lo escuché decir un día—, la crisis con el pelón Salinas cada vez está peor. Dicen que de tanto matar cerdos termina uno como gemelo de Porky». Y desde entonces se acabó el calvario de madrugar los sábados y hervir el agua para sumergir al marrano y aliñarlo. Todo marchaba como soldadito de infantería. Comprar y vender marranos vivos era mejor negocio que ofrecer la carne aliñada de puerta en puerta. Además, Rosaura ya no se burlaría más de mí, y puede que hasta me hiciera caso después de que me compraran mi Bimex Styler TR.

Rosco era calvo y flaco, no a la manera de los atletas africanos, era lo que se dice realmente flaco. Uno podía contarle cada una de las costillas sin recurrir a rayos x, bastaba con alumbrarle la panza con un foco de mano para verle las tripas. Con todo y sus carencias acepté a Rosco. Yo hubiese

preferido, desde luego, un pastor alemán o en su defecto un pekinés, algo que se pareciera a un perro de raza, que no fuera motivo de escarnio. En un barrio te burlan por todo, a menos que seas boxeador, pero por alguna razón este perrito callejero tenía «ángel», como acertadamente dijo mi hermano Jaime, quien veía muchas telenovelas, ese lenguaje solo puede ser de telenovelas.

Nunca supe explicar de dónde sacaba tanta energía. El mismo día que mi padre lo trajo comenzó a corretear por toda la casa. Saltaba como un atleta olímpico y más que perro parecía un canguro desnutrido. Mi temor era que sus huesos pudieran salir de su pellejo. Uno era incapaz de adivinar si el pellejo detenía su estructura ósea o viceversa. Como sea, esa misma tarde fui a comprarle su jabón antipulgas y entre mi hermano y yo lo bañamos hasta dejar muertos todos esos animalitos que formaban racimos de alcaparras en la cabeza y orejas de Rosco. Mi padre nos agradeció y se fue a dormir a la hamaca que acostumbraba su silueta. Yo le agradecí en mi interior el obsequio, tenía un nuevo motivo para continuar soportando el escarnio de Pueblo Nuevo.

Apenas terminamos de bañarlo cuando Rosco comenzó a correr nuevamente alrededor de la casa, se rascaba con sus huesudas patas, restregaba las orejas en el piso, se sacudía, en fin, parecía que un demonio se había apoderado de él, y de verdad lo hubiese creído si no supiera que no podía haber demonio tan flaco para ocupar ese cuerpo. Fue entonces que mi madre ordenó llevarlo a amarrar al taller mecánico de Cañón, un primo que desde hacía algunos días buscaba un perro para cuidar su changarro por las noches, pues estaba al aire libre. Llevamos a Rosco con toda

la pena y sorna que puede haber en los niños de barrio. Apenas salimos de la casa, una manada de caníbales insaciables se acercó a lanzarle piedras y petardos. Se asustó tanto que sin más se soltó de la soga para echarse a correr por la orilla del río. Mi hermano y yo tratamos inútilmente de seguirlo. Rosco corría como jamaiquino, no había forma de alcanzarlo. Los demás niños se sobaban la barriga como para contener la risa. ¡Corran por su coyote!, decían, y de nuevo las risas burlonas. Cuando lo vi esquivar obstáculos no dudé en su habilidad para corretear cerdos, pues finalmente fue lo que sedujo a mi padre.

Permanecimos en Toma de agua hasta casi entrada la noche, comenzó a soplar la brisa y no había rastro alguno de él. No fue sino hasta que decidimos dar por terminada nuestra búsqueda cuando de repente escuchamos un ladrido que más bien parecía un maullido fúnebre. Nos detuvimos, logramos meternos un poco más a la pequeña selva y pudimos ver a Rosco que se entretenía ladrando a una nauyaca. No tuvimos duda, nuestro perro tenía un halo de inteligencia o de embrujo. La culebra permanecía alerta, a punto del ataque, pero Rosco no se acercaba demasiado, parecía que había logrado hechizarla como veíamos lo hacían los gatos. ¡Rosco!, —gritó asustado Jaime. Cuando el perro volteó a mirarnos soltó un aullido sordo, después la culebra se escurrió entre los matorrales, haciendo un siseo casi inaudible.

De regreso a casa, mi padre nos esperaba con un bejuco «huevo de perro» en la mano, presto al azote de nuestras espaldas, pero al ver a Rosco embarrado de lodo y sediento, hizo una pausa para preguntar. Tuvimos tiempo para explicar y solo así libramos el pellejo. Enseguida

nos mandó a recoger las sobras de pollo que habíamos comido en casa e hizo una advertencia que sonó un tanto ridícula: «No vayan a darle mucho, este perro come poco y cada tercer día». En verdad no le dimos mucho, pero como Rosco comía con la terca hambre de un diabético decidimos traerle más, mucho más; ora pedazos de pan, ora plátano, ora huesos de jueche, en fin, todo lo que pudimos encontrar en casa. Notamos cómo la pancita de Rosco se agrandaba, como si se hubiera tragado una pequeña carpa de circo. Cuando lo dejamos en el taller, se quedó mirándonos tristemente, apenas podía moverse y se acomodó despacio en la arena. Jaime le acarició la cabeza y yo le di ligeros masajes en su diminuta barriga inflamada de desperdicios. «Cuida bien el taller», —le susurré al oído y me despedí dándole un beso en el hocico.

Al despertar sentí por primera vez el invierno de ese año. Lo primero que cruzó por mi cabeza fue la imagen de Rosco. ¿Seguirá dormido? ¿Se habrá soltado para ir en busca de la nauyaca? Me olvidé por un momento y fui a despertar a mi hermano. Papá nos había ordenado proponerle más cerdos a don Abel Sierra, el carnicero de la colonia. Cuando Jaime despertó, mi madre nos llamó para el desayuno. Dijimos que primero iríamos a casa de don Abel, pero en realidad lo primero que hicimos fue ir a ver a Rosco para soltarlo. De lejos vi a Rosaura entre la multitud de caníbales, limpia, con su peinado en forma de cebolla y una sonrisa irónica que le acentuaba los hoyuelos de las mejillas. Los caníbales hacían muecas, reían burlonamente y no me dejaban ver a Rosco. De pronto Rosaura partió corriendo hacia la calle para subirse al

auto de su padre que impaciente la esperaba oprimiendo el claxon como desquiciado.

«¡Una... dos... tres!», —gritaron los caníbales y abrieron paso para dejarnos ver el espectáculo. Nunca nada ha podido impresionarme tanto. Observé a Rosco, tieso, morado, con el hocico lleno de tierra y su barriga más inflamada que la noche anterior. Jaime me cruzó una mirada de complicidad y entendí el mensaje: nada de motivos para sus burlas. Tomé al perro por el pellejo, luego lo sostuve por las patas traseras como un animal ajeno. Mi hermano fue a buscar un fierro que nos ayudara a cavar la tierra. Los caníbales de pronto apagaron sus risotadas. Llevamos el cuerpo de Rosco a enterrar unos metros más hacia el interior del taller. Demoramos casi nada. De regreso nos topamos con los caníbales silenciados que esta vez no hicieron ni una mueca. Todo había salido bien.

Cuando volvimos a casa, mamá tenía preparado el desayuno. Pollo en caldo por segundo día consecutivo. ¿A qué hora van a ir a soltar a Rosco?, —preguntó ella. Nadie tuvo respuesta esta vez. Jaime y yo nos levantamos de la mesa sin probar bocado. Mi hermano encendió el televisor para ver el desenlace de su telenovela. Yo permanecí pegado a la ventana buscando un latigazo de viento que secara mis lágrimas.

¿Atolito o a Benita?

La carraspera de don Julio era cada vez más alarmante a los oídos de Chepa. Hacía dos semanas que se encontraba tirado en cama. Una camita de resortes puntiagudos, que despedía un fuerte olor a orín, pero que sin duda era tan reconfortante por las noches como lo era un café endulzado con panela.

Miró a su alrededor las mujercitas indígenas con los pechos pequeños y flácidos, fotografías colgadas sobre las paredes de su cuarto, en la que apenas se filtraban algunos escuálidos rayos de sol a través de la claraboya. Estiró trémulamente los dedos debajo de la cama, luego los secó como de costumbre en el viejo colchón: otra vez esa odiosa bacinilla lascada que impedía disfrutar los vivos recuerdos táctiles.

Por segunda ocasión aquel intento. La caja rechinaba fuerte. Los retorcidos vellos blancos de sus brazos no buscaban más que alargarse ineluctablemente.

Acarició las fotos en blanco y negro de Conchi, de Cristel y otras nínfulas del barrio. La de Cristel era la mejor conservada, en ella se dejaban apreciar sus cabellos rizados, unos labios finos y delgados cual si fuesen cáscaras de coco tierno. En su estudio, como fondo, había dos mininos pintados jugando con una bola de estambre. A un costado, unos trajecitos de revolucionario, carrilleras de cartón ocupadas con gis envueltos

en papel aluminio, las cuales daban la apariencia de balas de plata contra pájaros nocturnos.

Chepa preparaba la comida de rutina: caldo blanco con trocitos de calabaza y chayote. Luego se acercó al cuarto de don Julio. Golpeó con los nudillos la vieja puerta de cedro, pero el anciano alcanzó a guardar la caja con la habilidad de un gato callejero. Ofreció el primer sorbo a la boca escondida de su padre con una cuchara lascada. No pudo evitar la comparación de la comisura de sus labios hundidos con el trasero del parlante Chachalaco. Comenzó a reír con la picardía de una hija querendona mientras retiraba los trocitos de calabaza tierna del cuello de don Julio. Acomodó suavemente la almohada de su padre, dio dos fuertes palmadas para cerciorarse de su suavidad y con la delicadeza con que se trata a un bebé dejó caer aquella esfera blanca encima. Sacó del ropero una sábana roída y transparente. Lo cubrió sin remedio de los pies a la cabeza y bendijo su sueño.

El sábado de la tercera semana las cosas empeoraron. Al joven médico, cuya reputación era infinitamente superior a su ciencia, Chepa le había pedido sinceridad, y, con tono de impotencia erudita, el médico contestó: «No puedo hacer más».

Desde aquel día la primogénita era con creces zalamera. Con la consistencia del atole, con la limpieza de la avena. Las comidas cambiaban a diario: caldo de pollo, de iguana, de frijol. Agua de coco, de pitahaya, de cacao. Salía a regar las plantas de sábila y shángala. De paso aprovechaba la ocasión para colocarse los espolones, trepar a la palmera de coco para el agua de su padre y desde allí rozar ligeramente su sexo sobre el tronco.

Un buen día, cuando el diagnóstico del médico parecía haber sido erróneo, don Julio, esta vez con la pericia de sus dedos, jaló de un solo intento la caja de fotografías. Volvió a observar los rizados cabellos de Cristel y sus finos labios. Fijó la mirada en ese cuerpo recto y sin forma. En su cuello blanco y alargado. No pudo evitarlo y deslizó sus manos manchadas de lunares sobre la fotografía.

Desde la cocina se escuchó la voz de Chepa: «¡Papá!, ¿te doy atolito o avenita?». Y sin que Chepa alcanzara a escuchar, el anciano dijo con la comisura de sus labios hundidos: «¿A Benita...? ¿Cuántos años tiene?».

Rebeldes del Usumacinta

Llegamos al lugar acordado por el general Zacarías. Habíamos llevado los caballos a comer «zacate elefante» a la parcela de don Jerónimo Chan y a la orilla del Usumacinta a beber agua fresca, que según el general no llenaba de bichos a los cuacos.

—Esto es en pago por su apoyo a la revolución — dijo el general Zacarías. Abrió un paliacate lleno de monedas de plata y nos ofreció una a mi primo Ruper to y otra a mí. Estábamos bajo la nobleza de un árbol de tamarindo; el aire era dócil y lamía la negra cabelle ra del general y la de toda su tropa de rebeldes. Eran morenos y regordetes, con el cuero retostado como iguanas viejas, tiznados por el humo de incendios y pólvora intensa. Fue la última vez que vi sus caras de cerca. Luego, desde la apertura de una tabla corroída de mi casa, les vi bañarse y divertirse como niños a la orilla del río; desnudos, comiendo mangos que caían al agua víctimas del hartazgo del árbol que los expulsaba con furia.

—¡Viva Zapata!

—¡Viva Luis Felipe Domínguez!

—¡Viva la revolución!

—¡Muera Victoriano Huerta!

Así se fueron gritando por todo el ejido de Pomoná primera sección, trotando a todo galope sus caballos, le-

vantando una mano en señal de poder, de ira, de intranquilidad en su alma.

Yo había nacido en ese ejido hacía veintitrés años, fueron mis abuelos de los primeros pobladores, llegaron huyendo de la violencia del Petén guatemalteco, cuando compañías madereras usurparon la tierra en busca de cedro y caoba, producto muy cotizado en Inglaterra según cuenta mi padre. La palabra *revolución* me era familiar. ¿Dónde había escuchado esa palabra? ¿Zapata? ¿Luis Felipe Domínguez? ¿Huerta? Parecía recordar esos nombres.

Para ese entonces, contábamos con una población de ciento quince habitantes, todos dedicados a la cosecha del chile, calabaza, tomate, frijol y maíz, principalmente. Saulo, mi abuelo, se levantaba y me levantaba a las cuatro de mañana. Preparaba café con piloncillo, esperaba media hora antes de lavarse la cara con jabón, gustaba decir que al levantarse los ojos estaban calientes, por ello necesitaban refrescarse para evitar enfermedades. Luego me hacía ensillar el caballo, preparar el pozol e irnos a la milpa donde las jornadas de trabajo se extendían hasta las doce del día. Era un trayecto pesado, había que atravesar pantanos y jahuacales densos, era común encontrar en el camino pochitoques, guaos y lagartos. De vez en vez descendía del cuaco para meter uno en el morral, la experiencia me enseñó que los lagartos son expertos excavadores, el jagüey entonces jamás se someterá a la sequía.

Fue justo esa mañana cuando supe de la revolución desde la perspectiva de los insurrectos. Muchos de ellos eran perseguidos por los federales, acusados de crímenes que según ellos no cometieron, estaban cansados de la injusti-

cia, del hambre que había dejado don Porfirio, un hombre viejo pero correoso, de cara dura y valerosa.

—El plan está así —dijo don Fulgencio—, acamparemos desde Boca del Cerro, iremos a caballo haciendo ruido y sometiendo a los que no quieran luchar por una causa justa, pasaremos La Isla y El Recreo hasta llegar a Cabecera, incendiaremos casas a como lo hace el general Villa, quieran o no vendrán con nosotros esos hijos de la tiznada, ya verán quién es el capitán Fulgencio Robles.

El abuelo me miraba atónito mientras acariciaba la crin de su caballo.

—Supongo que no querrás llevarte a mi nieto—, dijo mi abuelo Saulo.

—¿Cuántos años tiene el chamaco? —preguntó con sonora voz el capitán.

—Apenas veintitrés, Fulgencio, es muy joven.

—¡Joven ni qué méndigo! Tome esta pistola y dispare a todo aquel contrario a la revolución, hay que hacer pagar al traidor Huerta a como dé lugar, hay gente en la capital que espera nuestros refuerzos, ¡Ande, cabrón! Escupa todas las balas que pueda.

Por vez primera tuve una pistola entre mis manos, confieso que sentí una fuerza superior, como si fuese una extensión más de mi cuerpo. Desde entonces comenzó mi lucha en la revolución, quizá efímera pero intensa, guerreando violentamente, pero sin odio, echando balas para asustar a los que se resistían a la causa, a nuestra revolución, que por vida de Dios hasta ahora no sé para quién peleaba.

Apenas unos tímidos y enclenques rayos de luz me despertaron, el capitán Fulgencio y la bola de rebeldes peina-

ban la crin de los caballos y colocaban la silla en la espalda de sus elegantes cuacos que raras veces se veían en el ejido, de raza dizque cuarto de milla y pura sangre. Mi abuelo sentado entre la maleza limpiaba el cañón de su Winchester 30-30, absorto en su melancolía.

—¿Qué estamos esperando, canijos huevones? ¡Larguémonos a darle guerra a esos pinches federales jijos de la guayaba! —la voz del capitán era dura y cavernosa, su timbre llamaba a la obediencia casi voluntaria. Salimos a todo galope rumbo a La Isla, el poblado más próximo, el objetivo era reclutar voluntaria e involuntariamente a más rebeldes dispuestos a vender sus vidas caras para honrar la memoria del señor Madero y nuestro paisano el licenciado Pino Suárez, un hombre flaco y enjuto al que casi todos en el pueblo admiraban, excepto por unos cuantos hombres de letras que se dedicaron a propagar algunos errores de él, dizque hubiesen sido fundamentales para la guerra.

—Ustedes me conocen y saben que peco de hombre y de honesto con mi gente —dijo el capitán—. Esta vez el país los necesita, la revolución necesita de su gente para acabar con el hambre y la injusticia, para acabar con el jijo de su madre usurpador Huerta. Si no es por la buena pos será por la mala, junten lo que tengan, rifles, pistolas, machetes o palos y larguémonos a El Recreo a buscar más calzonudos.

La gente comenzó a huir gritando: ¡Amarren a ese loco! ¡Amarren al loco que perjudica la revolución! La población entera cerró sus puertas, no era un pueblo violento hasta donde se sabía, más bien tenían fama de gente noble dedicada a la agricultura y a la ganadería.

El capitán Fulgencio comenzó a disparar con odio hacia el aire como para atemorizar a la población: ¡Salgan, hijos de su mal dormir! ¡Ha muerto el señor Madero! ¡Peleen, bola de cobardes!

No pudimos ni quisimos esta vez asesinar a nadie, ya bastante sangre inocente se había derramado en la revolución. Salimos a toda prisa hacia El Recreo, un pueblo a cinco kilómetros de distancia, mi abuelo enarbolaba la bandera de nuestro país y la resguardaba celosamente. Un polvo denso y bermejo se formó al trote violento y raudado de los cuacos, no dejaba distinguir el verde esmeralda que asiste al Usumacinta en época de seca, con eso y más obstáculos seguimos trotando a todo galope, enalteciendo el nombre del señor Zapata, del licenciado Francisco I. Madero. Por mi cabeza se cruzaban recuerdos de una guerra semejante, violenta, sin orden, una guerra donde el único propósito era derrocar al cacique de la localidad que gozaba de infinitos privilegios, dueño de casi todas las tierras fértiles, con arroyos que parecían eternos y del que dependían nuestras cosechas. Por fin pude recordar algo; eso era la revolución, una revolución que se generalizaba; una guerra absurdamente cínica, pero que a mi parecer era como un hormiguero que se agita sin orden ni objetivo, donde una masa amorfa busca una figura inútilmente; solo los calzonudos de mi general Zapata parecían ordenados y con un objetivo: «La tierra es de quien la trabaja», rezaban algunos estandartes. Si así fuera, los caciques no tendrían tierras; jamás vi a don Eulalio Pérez enterrar una coa en la panza de la tierra para echar granos de frijol. Pero no había otra opción, dicen que se hace la guerra para encontrar la paz. Después de tanto grito y

disparos al aire llegamos a El Recreo, allí sometimos por fuerza de metralla a ocho calzonudos, incendiamos paja y robamos un poco de dinero que había dentro de las chozas. La resistencia fue tenue, solo tuvimos que asesinar a tres intrusos que dizque no había revolución, que eso fue en épocas pasadas, pero mi capitán Fulgencio solo obedecía órdenes de mi general Zacarías, quien ya nos esperaba en Cabecera para tomar por asalto al Vapor del Carmen y de allí en dos días llegar a la capital, donde otro grupo de revolucionarios nos llevarían con el general Domínguez y la Brigada del Usumacinta. Allí haríamos justicia a la muerte del señor Madero y Pino Suárez que, por pendejos, verdá de Dios, se los tronaron, mira que nombrar al jijo de la tiznada de Huerta jefe de las armas.

Eran mis momentos más gloriosos, la revolución era justicia plena y nada más. Nos fundimos sin parar a Cabecera, trotando por orillas del Usumacinta; vaya que nunca había disfrutado tanto el paisaje del río, pese a vivir veintitrés míseros años a sus orillas. Pero era la gloria de la revolución, el corazón mismo de la gente del pueblo que aplastaba los restos del señor Porfirio, y qué digo solo de don Porfirio, también de toda su tajada de secuaces y de su falsa modernidad, porque acá ni pa'l aceite del quinqué nos alcanzaba, verdá de Dios. Méndigo mixteco que hablaba en perfecto francés. Pero la plebe que se joda, todavía recuerdo esa entrevista con el infeliz gringo ese, donde rezaba que México estaba preparado, pero no concluyó el desdichado que preparado para los balazos, preparado para romperle su madre a él mismo y expulsarlo del país.

Vaya que los trompazos nos dejaron mensos, me detuve a meditar y observar el majestuoso Vapor del Carmen que

solemne navegaba por las aguas bravas del Usumacinta, con mantas gigantes en apoyo al pinche cacique de don Tomás Garrido, ahora secretario de Agricultura el muy bandido, y dizque sus maestros racionalistas que, con pompa iban a recibir próximamente a mi general Lázaro Cárdenas para mostrarle el desarrollo de Tabasco, desarrollo la cresta de su madre, me había expulsado de la Liga el muy desgraciado. Creo que la revolución solo habitaba en el recuerdo de los míos que, por vida de Dios, ese año, era el año de nuestro señor, 1935.

El milagro

He gastado mi vida en hacer fortuna, tengo lo suficiente. No. Seré franco, no soy bueno en eso de la humildad, tengo mucho dinero. Puedo comprarme lo que quiera. Últimamente me ha dado por comprar amor. Un viejo amigo decía que el dinero no hace al amor, por supuesto que no, lo compra hecho.

En uno de tantos viajes de trabajo, Raúl me hizo una propuesta. Desde luego que su rostro se contraía a cada frase. Yo no era hombre que gustara despilfarrar mi fortuna, que repito, es mucha. Gastar en mujeres es algo tan común que mi caso era una excepción y desde luego una locura.

—Don Gustavo —dijo Raúl—, iré al grano. Tengo dos amiguitas muy agraciadas que quiero que nos acompañen a nuestra cena de negocios. Hay un inconveniente, debemos pagar sus cuentas. Al principio, confieso, pensé que su atrevimiento debía costarle su empleo de segunda categoría. En mi compañía pagábamos a personas por acompañar a los viejos a esos recorridos gastronómicos y culturales que ofrecen en distintas ciudades. Solo a los viejos nos interesan esos temas. La propuesta de Raúl era sin duda atrevida y él lo sabía, pero a veces las ganas de comerse al mundo y ascender de pronto se convierten en osadías ventajosas.

Llegamos al Pull & Bar, un lugar moderno, lleno de luces fluorescentes y música en vivo que se encontraba ubicado en Ruiz Cortines. Las chicas llegarían en un taxi, yo

jamás he usado autos, repito, soy una hormiga acumuladora que jamás utiliza su dinero. He llevado una vida moderada, si pudiera comer únicamente hojas como las iguanas seguiría acumulando fortuna. No sé ni quiero saber para quién, no me interesa. Me siento seguro de saberme rico. Me gusta contar mi dinero que guardo bajo el colchón de mi cama. Después me masturbo. Contar dinero me causa una especie de escozor en las manos que solo puedo apaciguar masturbándome. Dice mi urólogo que padezco prostatitis crónica, por fortuna mi problema es bacteriano, por eso consigo erecciones perfectas y descargas de Guinness. Como les decía, estábamos tomando unos tragos en el Pull & Bar, era la hora del dos por uno en botella nacional. De pronto pude ver desde la ventana de cristal descender a dos lindas jovencitas de un taxi amarillo. Llevaban minifaldas y pude ver también dos pares de piernas perfectamente torneadas, blancas como lirios. Tuve el presentimiento que eran ellas, pero no quise distraer a Raúl para preguntarle, se entretenía tamborileando la mesa, imitando la batería de Soda Stereo y la voz de su cantante. Siempre he tenido un presentimiento inequívoco. Alguna vez dijo mi maestro de Filosofía que se llama conocimiento intuitivo, pero él era un viejo calvo y yo desconfío de los calvos.

No me equivoqué, esas dos lindas jovencitas eran nuestras víctimas. Raúl se puso de pie e hizo un gesto de reverencia inclinando su cabeza, me sorprendió su calvicie prematura. Nos presentó. Raúl no era tan tarado como había pensado. Me llenó de elogios, certeros, por cierto. Las jóvenes apuestas dirigieron una sonrisa hacia mí. Me levanté y no pude más que besar sus manos, no sin antes pasar revista a ese par de piernas perfectas,

dignas de un comercial de Dorian Grey. De pronto una especie de escalofrío comenzó a invadirme. Mis manos eran temblorosas como las de esos viejos con párkinson. Decidí esconderlas bajo la mesa y de paso rozar las piernas a una de ellas. A veces no puedo controlar mis nervios. Me atacan de mil formas, me tiembla la mandíbula, me pongo frío, mis manos sudan, pero nunca, para fortuna, me impide hablar y decir chistes inteligentes. ¿Ya dije que no soy modesto? Bueno, inteligentes no, brillantes, pongo a pensar desde a intelectuales hasta mendigos con mis palabras. Pregúntenle a dos o tres poetas.

Rita, la más atractiva, parecía divertida con mis historias, soy un prestidigitador con ellas, creo que porque leo muchos libros de filosofía y literatura universal. «Son maquillajes seductores», dijo alguna vez un ridículo promotor de lectura, quien siempre me pareció un Rasputín bananero.

La chica de Raúl estaba visiblemente aburrida, el muy torpe no dejaba de hablar de autos de lujo, viajes y licores finos. A leguas se le notaba que no era capaz de pagar un bolillo. Aquello no me importaba en lo absoluto, Rita me veía admirada y de vez en vez sus ojos descansaban sobre mi bragueta. No hay mejor truco para una chica iletrada que mostrar tu poder en un bar. No podía evitar calcular el monto de la cuenta, pero me hacía el desentendido, y para disimular mejor, abría los brazos en señal de que la cuenta estaba abierta para lo que se ofreciera, rogando que las piernas de Rita me pagaran con la misma moneda. Ellas continuaron pidiendo Moët, esa basura burbujeante que huele a hocico de puerco. Entre la mezcla de comida y el champagne la boca de Rita comenzó a provocarme náu-

seas. Cada vez que me dirigía la palabra optaba por acercar mis oídos a sus labios para evitar su aliento. La ventaja de la prostatitis es que utilizas el pretexto de orinar para abandonar conversaciones absurdas o fétidas como las de Rita. De esa forma me levantaba cada quince minutos para ir a vaciar mi vejiga y de paso refrescarme la cara para soportar otro *round* contra el aliento de mi presa. Entre copa y copa ese aliento fétido iba desapareciendo. No recuerdo si fue producto de la embriaguez o la fuerza de la costumbre, como dice la Juanga. Hasta ese momento calculé quince mil pesos. El alcohol es el mejor ablandador de codos y de piernas. Estaba dispuesto a despilfarrar lo que fuera con tal de llevarme a Rita a mi hotel. Me encontraba cerca de conseguir mi objetivo y no podía claudicar. Pedí la cuenta y las muy lángras hicieron traer dos botellas más al mesero para llevar. No quise contar, temí las ganas de masturbarme, así que esparcí una buena cantidad de billetes sobre la mesa y salimos. Me sentía destruido, cada peso gastado era como un lito doloroso en mis riñones. Hubiese preferido que llegáramos caminando al hotel, pero el imbécil de Raúl se adelantó y pidió un Uber. Rita subió adelante, quizá presagiaba mis manoseos. Mi compañero iba metiendo mano y entre ratos me dejaba mirar. Agradecí el gesto.

El conductor, como en una especie de cortesía, nos dio un recorrido placentero por Paseo Tabasco. Después tomó 27 de Febrero. En una esquina vi la catedral que según contó Raúl fue visitada por el papa Juan Pablo II allá por los noventa o algo así. Yo venía distraído, imaginando cómo sería la desnudez de Rita en la oscuridad clara de esa noche. Entre ratos pasaba mis manos por sus cabellos y la imaginaba cerrando sus ojos, complacida. Todo se tornó caótico

cuando pude ver su gesto de asco por el espejo lateral. Su boca fruncida, su nariz arrugada y los ojos agrandados de manera intencionada me demostraron cuán costoso era para ella soportar que un viejo enfermo la tocara. Alojé una sorpresa para ella. Esto no se quedaría así. Su asco era la antítesis de mi deseo. Tenía que mostrar mi inteligencia. Las niñas bobas creen utilizar a los hombres mayores para saciar su hambre de derroche. Yo pienso que es parte del *potlatch*. Leí algo sobre ello en algún libro. Creo era de un antropólogo barbudo con un apellido ridículo. «Todo viaje es un viaje a la semilla», dijo alguna vez un escritor cubano del que no recuerdo el nombre. A mi edad es difícil recordar nombres con precisión.

Descendimos del auto entre juegos y manoseos. El poder, ante todo. Pagué con un billete grande y dejé que el conductor se quedara con el cambio. Lo persigné en son de broma y le pedí que se fuera a descansar. Me agradan los conductores amables. Los ojos mareados de Rita se entreabrían maquinalmente asombrados. Nos dirigimos a mi hotel y esta vez pedí la mejor habitación. El idiota de Raúl me echaba miradas de incógnita como preguntando qué haría él sin un clavo en los bolsillos. Fue así que pagué otra habitación para aquellas dos estrellas del porno. Me dieron una tarjeta como llave y no sabía dónde carajos colocarla. Entre su borrachera mi compañera supo deslizarla correctamente hasta que una luz verde se encendió indicando que la puerta estaba abierta. A dónde nos llevará toda esta tecnología, pensé. Entramos.

Rita de inmediato se tumbó en la cama y comenzó a sonar los dedos pidiendo le sirviera una copa. Abrí la botella que guardamos para nosotros. Entregué la copa y

noté oscuridad entre las piernas de mi compañera, pensé que usaba una tanga negra, pero de pronto descubrí que no llevaba ropa interior. Me abalancé como un perro de caza sobre mi presa y sentí el poder de su fuerza. Me sujetó de la muñeca y pidió serenidad al asunto. Luego se levantó bebiendo para llenar nuevamente su copa. Tranquilo —me sugirió—, la noche es joven como yo. Y negra como la mariposa que reposa entre tus piernas —contésté, y de nuevo me abalancé sobre ella. Esta vez derramó su copa sobre mi cabeza y comenzó a lamerme como si fuese una gata acicalando a sus críos. Los jóvenes tienen la gracia de la bipolaridad y los viejos de la complacencia. No sé si era producto de la ebriedad, pero Rita se retorció como una fogata de playa. De un empujón me tumbó en la cama y comenzó a desnudarme furtivamente mientras apretaba fuerte mis testículos, en su embriaguez parecía que buscara triturar un par de nueces. Entre copas y risas nos dimos el más exquisito de los placeres hasta quedar exhaustos. La respiración de Rita era pausada y su semblante tenía el brillo del dinero. En esos momentos supe que sería incapaz de consumir la perversidad de mis planes. Dormimos a plenitud.

Al despertar, descubrí un hilillo de luz acariciando las piernas de Rita y permanecí unos minutos contemplando la tesura de su piel. Me levanté despacio y fui a buscar mi cartera, conté cinco mil pesos y los esparcí sobre su espalda. Esta vez no me masturbé. Me duché, acomodé mi maleta y dispuse mi viaje de regreso. Me despedí de Raúl con una breve sonrisa al pasar por su habitación. Le agradecí entre dientes. Los milagros existen. Me sentí curado.

Juan Tul

Mi nombre es Juan Tul, colérico domador de caballos. Durante años he escuchado historias sobre mis apariciones. Todas falsas.

Vivo condenado a la oscuridad vegetal, a los dominios de las frías parcelas de la muerte. Cabalgar cerreros es un bálsamo de bendiciones que adelgaza mi nostalgia y, trenzar su crin es un arte que he perfeccionado a lo largo de mi eternidad. En mi arte no existe discípulo, y callo ante la decrepitud de *ellos*, quienes, a su escaso entender, recurren a sus bruñidas armas para cortar de tajo la crin, obligándome a odiar su miseria y su enemistad a mi destreza. Contar la historia de mi muerte, sin embargo, me ausenta de escarnio, y espero cortar de raíz falacias y vituperios.

Ese domingo, Roberto y yo nos levantamos temprano para ir a la misa de las ocho. De paso aprovechamos a confesarnos con el sacerdote. Después le contaría el secreto que, pensé, nos haría los hombres más felices de Villa Hidalgo, y probablemente de Tabasco: me había sacado la lotería.

Durante la misa escuchamos en voz del señor cura la historia de Jacob. En ella la esposa de Isacc lo engaña. Teje un dédalo de artimañas para hacerle creer que era Jacob su primogénito y no Esaú. Crea discordia entre los gemelos al grado de que Esaú jura matar a su hermano. «Nosotros jamás entraremos en conflicto por nada del mundo», masculló Roberto al salir de la iglesia. Nada más falso.

Lo invité a mi casa y, justo en medio del desayuno le confesé que era dueño de más de cinco millones de pesos, le había pegado a uno de los mayores premios de la Lotería Nacional. El rostro de Roberto de pronto se hizo amorfo. Sentí un abrazo y un beso judaicos. Como si él me estuviera entregando no a los hombres, sino a la misma muerte. «Y lo mejor —continué—, me caso con Rebeca».

No me sorprendió que Roberto se haya ausentado algunos días de mí. Traté de entender lo difícil que sería para él que de pronto su mejor amigo se gane un premio tan holgado, y para variar se case con la chica más bonita del poblado, pues Roberto no era casado ni se casaría, siempre tenía un gesto antipático debido a su labio leporino, él lo sabía, y las chicas le huían.

Entonces sucedió lo inevitable.

Compré algunos ranchos, ganado, y la bendición del cura hizo multiplicar mi prole. Me sentía un Job II, bendecido por no rezongar de mi Dios en aquel entonces. Era dichoso. Familia y vacunos era todo lo que había soñado. Si en ese momento hubiese tenido que elegir, Rebeca me condenaría.

A lo largo de mi mortalidad, cometí muchos errores; pero el peor de todos, ahora lo sé, fue haber nombrado a Roberto capataz. Su envidia fue creciendo mezclada con furia. Existe pues un equilibrio sutil entre ser de una materia fría e invisible y un cálido sanguinolento. Una parte ofrece la facultad de ver imágenes que nunca viste, escuchar lo que no escuchaste. La otra es cruel, pues pese a todo, no puedes contradecir tu aciago destino. Habita entonces el silencio y una perenne justicia.

¡Cómo no pude preverlo! Eran casi las siete de la noche, cenaba con mi familia. Aquella era esa clase de noche, esa clase de cena aletargada, donde uno reflexiona acerca de los pecados cometidos, de los que cometerá en caso de seguir vivo. Roberto interrumpió de pronto. Entró, jadeante. Sin pronunciar palabra hizo un gesto como de «vámonos, necesitamos hablar a solas». Rebeca negó con la cabeza, pero no hice caso. Así, Roberto me insertó en lo más profundo del rancho, donde yo tenía apartados tres embarques de ganado que el gobierno me había comprado para alimentar al ejército. Eran las reses más feás; las había rengas, huesudas, tuertas. «Tratándose de alimentar al ejército no había carne de primera», me repetía constantemente el comandante en jefe de la zona. Quizá mi error fue firmar cuentas que excedían el monto en que yo vendía los embarques, pues, aunque jamás acepté un centavo, era cómplice del fraudulento militar. Justo con ese pretexto caí en el engaño de Roberto. Me dijo que, al parecer, el gobierno había descubierto la estafa del comandante y que ahora andaban tras de mí, que era necesario mover ganado de calidad para aparentar un embarque de las más finas reses para el ejército y así callarles la boca a todos. No podía creerlo, mejor aún, no quería creerlo. Quise olvidar un momento y le di la espalda a Roberto mientras meditaba y veía con agrado todas mis posesiones, mi sueño materializado.

Comenzó a caer una ligera lluvia, indecisa, de pronto rabiosa. El viento azotaba los árboles, provocando en sus ramas un crujir de huesos rotos, y los relámpagos iluminaban el cielo encapotado. Volteé para mirar y seguir escuchando a Roberto, pero lo último que alcancé a ver fueron

sus ojos encendidos como dos soles sobre un río, y un bulto negro que caía violento sobre mi frente, una, dos veces... Ahora vuelvo a ver la escena. La he visto mil veces. Es un martirio el cincel de las repeticiones. El objeto era un martillo, pesado como un desaire.

Fui arrastrado entre la maleza, no con la delicadeza con que tratan a los muertos, sino arrastrado con la fuerza y la velocidad de un caballo.

Desde ese momento puedo verlo todo; mi abyecto entierro, superficial, con apenas trozos de tierra húmeda y agusanada que despertó la lluvia. Vi a Roberto huir como un forajido sobre su fino Dollar que, asustado por los rayos, cabalgaba furibundo sobre la pradera para insertarse en las montañas guatemaltecas. Con los días, vi perros sacando extensiones de mi cuerpo, vi una mano, una pierna, hasta que todos en Villa Hidalgo comenzaron a hablar de mi muerte, solo entonces me supe ajeno a ese mundo irracional y dubitativo de los mortales.

Pocos en Villa Hidalgo lloraron mi muerte, tan solo Rebeca y mis tres hijos, no más. Vi sus rostros de estupefacción cuando algunos trabajadores sacaban las pocas carnes que aún quedaban de mí. Ello incitó mi venganza, lo confieso. Los seres fríos como yo, pocas veces sentimos rabia, pero en casos como estos, de irremediable amargura que les provocan a los seres amados, la muerte nos multiplica de ira y los hilos de nuestra cordura se revientan para saciar los raudales sinistros que alimentan nuestra materia.

Me fue permitido intervenir por única ocasión en la vida, la de *ellos*. No dudé un instante en elegir. Roberto tenía que pagar antes que llegara al Petén, después sería más

difícil, tenía que encontrarlo en mis linderos, en el aire, la lluvia, el ruido vegetal.

Me presenté con un cuerpo ajeno, viejo y fuliginoso. Montaba un penco negro que bufaba destellos de rabia. Roberto no lo advirtió y caí como una bala sobre su sueño. De pronto, cuando despertó, me vio a su lado preparando una fogata para ahuyentar a los jaguares y otras bestias de la selva. Sus ojos de susto se encontraron con los míos. No temas, —le dije—, sé tus asuntos, pero no he venido por ti. Juan solo recibió su merecido por alzado y egoísta.

—Estoy arrepentido —masculló Roberto—, frotando las manos sobre sus ojos. Se había sentado sobre una piedra.

—Demasiado tarde. A estas alturas estarán rezando sus ocho días.

—Créame, estoy arrepentido —volvió a decir— Dios me va a castigar, Dios me va a castigar —y comenzó a llorar con el silencio de las tortugas.

Todo ese tiempo una expresión de angustia no ajena al horror contraía su rostro, y se intensificaba con gruesas gotas de sudor que perlaban su frente. Al principio advertí que me había reconocido, mi voz, mi cuerpo falso, y en el fondo también sabía que había llegado a buscarlo. Pero no fue así, continuó sollozando su arrepentimiento y su culpa. Estuve tentado a no causarle daño alguno, ¿qué mayor sufrimiento que llevar el peso del crimen en la conciencia? No de un crimen cualquiera, sino el de tu mejor amigo. De inmediato *ella* me recordó la misión, de arrebatarle la vida, a esas alturas ya quizá de su muerte. Así que le pregunté:

—¿Por qué lo hiciste?

—No sé, no sé. Fue una locura, no quería hacerlo.

Me acerqué tanto que sentí sus rodillas rozar las mías. Yo estaba de pie. Hubo un ruido de saraguatos muy cerca de nosotros. Roberto levantó la cabeza, tenía los ojos llenos de miedo. Las manos le colgaban como dos ramas quebradas, y en su frente húmeda parecía brillar la luna.

—Conocí a Juan hace muchos años. Al principio, antes de que fuera millonario, parecía buen tipo —sentenció. Luego el dinero lo corrompió y se convirtió en un vil cerdo tramposo y autoritario.

—Jamás —dijo él—. Jamás aceptó un solo centavo del comandante y, a decir verdad, nunca lo vi ofender a nadie. Tú le odias, por eso te refieres así.

—No tanto como tú. Yo no le maté con ira, ni dejé caer un martillo sobre su frente.

Mis palabras le asustaron. Sus manos comenzaron a temblar, sus labios cuarteados parecían surcos profundos. Alguien había estado observándolo desde su homicidio. Se puso de pie, intentó sacudirme de los hombros. En eso me miró a los ojos. ¿Cómo pudiste, cómo pudiste? —dijo con voz ahogada.

Verlo temblar me llenaba de fiesta. Disfruté, como ahora mis caballos, su agonía febril.

—No temas —le dije—, siéntate.

—¿Crees poder vivir con el remordimiento? ¿Has pensado a dónde irás?

—No.

—Acércate —le dije—, observa el horizonte.

Al decir esto, toqué su miedo de animal acechado. Su temblor febril creció sin límites. Después puse un

espejo frente a sus ojos para que viera mi cuerpo descarnado, con sendos gusanos que nacían de mis huecos oculares. Por vez última vi sus ojos de sol posados como sobre un río, al momento que su cuerpo se desvanecía y era devorado por la selva.

Los dones de la verdad

Sé que usted es un hombre de palabra, oficial. Un socrático irremediable. Por su promesa voy a contarle todo, ya ve que conmigo esas técnicas violentas del subdesarrollo no funcionan. Podría seguir golpeándome toda la noche y jamás le hubiese contado. Es grande el precio que pagará por saberlo, pero el poder aquí lleva su nombre.

Nos casamos por todas las de la ley; hasta por la Iglesia con tal de complacerla. Nunca, antes de casarme, me imaginé comiendo la ostia y besándole la mano al señor cura, tan mundano igual que todos, siempre sospeché que se tiraba al acólito Miguelito el loco. A mí no me hacía maje ese curita. Pese a todo terminé cediendo. Solo para que vea todo lo atarantado que me tenía la Cordelia.

Nuestro matrimonio era de ensueño, como de telenovela Televisa. La Cordelia se esmeró en aprender a cocinar con el chef de la esquina, allá en Polanco, para consentirme cuando bajara de plataforma. Con mi bien remunerado sueldo en el sur, me alcanzaba para mandarle lo suficiente y darle vida de reina, pues mi Cordelia lo era. Ya ve que, con el pretexto de la delincuencia organizada en el sur, quiso quedarse cerca de su familia y ni tantito pude convencerla de irse conmigo. Con sus veinte de edad todavía tenía el cutis liso y blanco, sin esos códigos de barra en la cara, o patas de gallo como les dicen.

Cada catorce días viajaba desde la cola del país hasta el centro del mismo para pasarme otros catorce con ella. En ocasiones aceptaba quedarme hasta un mes cubriendo guardia, todo con la intención de juntar más dinero para cuando encargáramos cría y esta naciera con torta bajo el brazo, como vulgarmente se dice. En pinche Pemex yo era afanador, ya ve que nunca a mis padres les alcanzó para que terminara mis estudios en la facultad, y los salarios en la capital no alcanzan ni para los tlacoyos. Si no fuera por la venia de mi cuñado Rafael, fue él quien me ofreció ese trabajo temporal para que la Cordelia no pasara hambre con su servidor aquí presente.

En el mismísimo sur conocí al ingeniero Mattos Da Souza, todo corazón mi jefecito. Tenía fama de mujeriego y mitómano, pero le juro que jamás vi en él, hasta ese entonces, lo que decían esas lenguas ponzoñosas. Todo lo contrario, era un *cavalheiro* en todo sentido. Hombre trabajador, ejemplar padre de familia, al menos eso se veía en las fotografías que tenía en la oficina. Dos veces al año se reunía con los suyos en Botafoego. Traía regalitos para todos, hombre bonachón aquel.

La primera vez que coincidimos en bajar el mismo día de plataforma le invité a la capital para que conociera a mi Cordelia. De pronto aceptó. Al siguiente día tomamos el primer vuelo rumbo al Distrito.

Llegamos a medio día y la Cordelia me esperaba con las manos en la boca, como queriendo disimular un suspiro. Parecía tener los ojos más grandes, pero qué va, era de puritita felicidad. Enseguida le presenté a mi jefecito Mattos, pero ella solo tenía ojos para mí, y estoy seguro que ni siquiera miró a los ojos al ingeniero. Le dije que ese

extranjero bonachón pasaría unos días con nosotros, que fuera espléndida con él.

Desde el primer día la Cordelia se mostró como le dije, obediente mi mujer. A muy temprana hora el desayuno estaba listo, ya fuera sopa azteca o hasta churrasco con *farofa*¹, las clases con el chef de Polanco habían sido fructíferas. Después salíamos a hurgar por los museos de la ciudad, porque mi jefecito era amante de la cultura mexicana y un fiel idólatra de la Kahlo.

Durante las noches nos entretenía con las historias de su abuelo Vitor Freitas, un *pracinha*² valeroso y gentil, que a juzgar por las charlas de Mattos fue un personaje querido y respetado en Botafogo. Así podíamos pasar toda la noche, escuchando al ingeniero hasta que mis ojos comenzaban a irritarse y causarme una comezón tan grande que no había otro remedio que irme a dormir. Cordelia en cambio se quedaba hasta altas horas de la madrugada soltando grandes risotadas producto del ingenio de mi jefecito. Nunca tomé a mal esa conducta, al contrario, agradecía a Cordelia ser tan hospitalaria con el ingeniero. Así pasamos diez días hasta que por fin fuimos a despedir a mi amigo al aeropuerto, yo me quedé tres días más con mi mujer.

De regreso a plataforma yo andaba bien contento. Decía mi jefecito que a leguas se me notaba la buena vida que llevaba con la Cordelia, y efectivamente, no mentía. En los momentos de descanso aprovechaba para ir a visitar al ingeniero Mattos a su oficina y extender la charla poco más

1. Pasta hecha con manteca, tocino y mandioca.

2. Soldado de la Fuerza Expedicionaria Brasileña que estuvo en la Segunda Guerra Mundial.

de una hora. Ni quien me dijera algo, al jefe todos le tenían respeto. No sé cómo le caí en gracia. No dejaba de agradecer a Dios por haberme puesto en ese lugar. En general, por la vida de rey que me había dado.

Desde mi regreso, Mattos se esmeró para que yo doblara turno. En ocasiones tardaba hasta tres meses en plataforma y no se imagina usted todo lo que llegué a juntar para iniciar los preparativos y encargarle crío a la cigüeña. Por su parte el ingeniero viajaba cada catorcena a Botafogo y siempre se esmeraba por traerme los mejores regalos que hasta la Cordelia salía ganando.

La última vez que vi a mi jefecito Mattos fue hace un par de días y vaya sorpresa que me llevé, pues yo lo hacía en Botafogo disfrutando de los suyos, pero qué va, solo disfrutaba de lo ajeno. Decidí caerle de sopetón a mi Cordelia. Fue extraño no encontrar a nadie, pensé que seguía con los famosos cursos del chef. Grande fue mi sorpresa al ver a Cordelia a la *doggystyle*, dispuesta a disfrutar del placer que mi jefecito Mattos tan gentilmente le proporcionaría. Definitiva decepción, pese a todo no reaccioné de una forma tan violenta como usted, le digo que esas técnicas del subdesarrollo no van conmigo. Le pedí a mi jefecito que se fuera de mi casa, que me encontraba aturdido y molesto, aunque jamás con él. Inmediatamente se fue, antes lo acompañé hasta la puerta. Regresé a la habitación para charlar con la Cordelia, de su mal comportamiento y mi franca decepción hacia ella. Le dije que hablara, le pedí los motivos por los cuales había incurrido en esa falta. Solo el ruido de un insecto se escuchaba en la habitación, y ella parecía tener la quietud de la muerte incrustada en los ojos. La llevé de espaldas sobre la cama, la recosté. Puse la

almohada en su bello rostro de nínfula, ni se inmutó. Así permanecimos por unos instantes sin forcejear, todo con cordialidad, como a mí me gusta, por eso siempre amé su nombre, Cordelia. Por fin dejó de respirar. La contemplé unos momentos, tenía la docilidad de un venado, el semblante angelical y como de arrepentimiento.

Eso es todo mi oficial, le repito, a mí no me gusta la violencia, ahora cumpla su promesa. Exijo mi libertad, invente una historia de rescate a mi nombre. Recuerde que también la verdad se inventa.

Monólogo del loco

No siempre ha sido así, tía Rosenda. Hace algunos años todo era diferente, mi color era diferente. Tenía las mejillas rojas como dos almendros maduros, y unos labios rosados como de buganvilia. Cantaba, bailaba, gustaba de jugar damas chinas. Siempre fui el mejor del barrio, hasta inventé un juego diferente llamado «Comelona». ¿Te explico en qué consiste? ¡Ahhh! Porque además el juego se sigue practicando, fue algo así como mi herencia a la juventud. Disfrutaba de comer guatope a la orilla del río, remar mientras tarareaba una bella canción del Flaco de oro, pescar sardinas y comerlas fritas con una tajada de limón. Caían, como no caen ahora, tía Rosenda. Con una piedra rompía el fondo de una botella de sidra y le colocaba masa alrededor, luego la sumergía en la parte baja del río, de tal modo que pudiera observar la entrada de las sardinas, después con rapidez maléfica la sacaba y esta blanqueaba con harto animal de esos adentro.

Ya sé que es cursi esto, tía Rosenda, no te esfuerces en decirme algo ¡No! ¡No! Solo escucha lo que tengo que decir. Sé que ahora me ves deprimido y ausente, pero no siempre ha sido así.

También disfrutaba de las palomas, no las convencionales, tía, tú me entiendes. Aquellas que hacíamos con varas de caña seca, forradas de papel china y que elevábamos muy cerca de las nubes.

¡Ahhh!, aquellas peleas entre Tancho y Coyol, el primero con su destreza y el otro con su ingenio para hacer trampas. ¿Sí lo recuerdas? Coyol colocaba navajas en la parte del abanico y en ocasiones le cortaba la seda al Tancho para hacer caer su paloma. ¡Eso, tía! También Tancho esquivaba las navajas y lograba ganarle la paloma al tramposo, ¿lo ves? Todo parecía divertido.

Y cómo olvidar el juego del «recetón», *¡Sangre de toloque, que no me toque! ¡Sangre de venado, que pase de lado!* No te creas, tía, en ocasiones resultaba esa oración, con decirte que la pelota tostada casi no me golpeaba la espalda, por más que el Rosco se acercara para estrellármela. Claro, otras veces no surtía efecto y me quedaban marcados los pelotazos, pero todo era la parte punitiva a la que nos arriesgábamos cuando nos hacían las tres chiches del juego.

Tampoco puedo omitir la cacería de iguanas en Toma de agua. Matarlas con resortereras y darle algo de comer al viejo Rostituto. Por supuesto, luego llegó el estirado de Carlitos y nos hacía la competencia con su rifle de diábolos, pero a Rostituto no le gustaba comer de esas iguanas, decía que sabían a plomo quemado, en cambio las de nosotros las preparaba en un succulento caldo, que el viejo hasta se relamía los bigotes. Sí, tía, te digo que no te esfuerces, también las culebras, no sé cómo diablos le hacía el viejo para quitarles el veneno y guisarlas de manera tan sabrosa. Ja, ja, en una ocasión llegué a pensar que era brujo, pero después pude cerciorarme que era el mejor cocinero del barrio.

Está bien, tía, me callaré, no te obligo a escucharme más. Sé perfectamente que te he hartado desde hace tres

días con la misma cantaleta. Solo te pido un último favor: si a donde te he mandado llegas a ver al Todopoderoso del que tanto hablaste, explícale que no me fue mi intención colgarte de la viga, dile que mi obligación era trabajar todos los días para mantenerte. Que tu maldita y turbia tos de perro no me dejaba dormir. Digo, todo en caso de que lo llegues a verle. ¡Ahhh!... Dile que ese color morado es parte de tu maquillaje y no de tu asfixia; eso en el último de los casos, aunque, si como tú dijiste, el adúltero no entra al reino de los cielos, dudo que llegues a ese lugar, pero no te apures, prometo guardar el secreto.

Cuando se nombra el silencio

Bajó de su lancha con la solemnidad de un tlatoani. Fijó la mirada en el rostro de una Chica Superior, de movimientos sugestivos. Saludó al amigo que impaciente esperaba:

—Capitán Dante, un placer.

—El placer es mío, coronel.

Sentados en la arena, bajo la sombra de un árbol, bebían cerveza tras cerveza. Niños jugaban fútbol. El ruido de las lanchas era imperceptible debido al conjunto musical que amenizaba la Semana Santa; parejas paseándose con la sonrisa refrescante que ofrece el verano en un playón. No existe el recuerdo del Cristo redentor, los recuerdos solo vienen de noche, a la hora de ir a misa y conmemorar la sangre preciosa del Mesías.

De pronto el coronel, sin gesto que antecediera el acto, se despojó furibundo de su *short*. Aventó el envase de cerveza y se dirigió a la Chica Superior; esta posó su oreja izquierda junto a los labios del coronel para escuchar las palabras que pronunciaba el joven ebrio, asentía con la cabeza y persignó al beligerante militar. El coronel corrió torpemente hacia el agua, avanzó algunos metros en nado libre, y de pronto como si un gran pez lo hubiese jalado con la rabia de un demonio, desapareció. El capitán se apresuró a ver el presunto accidente, nadó hacia el espacio donde había desaparecido su compañero. Como un grito en el silencio

el coronel resurgió. Sujetó del cuello al capitán con la fortaleza y la ira con que algunos enfrentan a la muerte. La gente corría hacia la orilla para observar el espectáculo. Algunos niños aún entre los brazos de mamá señalaban estirando la mano a los militares que en vano se aferraban uno a otro, como si entre dos fuese más fácil enfrentar la muerte.

Al cabo de un rato los cuerpos se hundían, con las manos y la mirada apuntando hacia el cielo, como observando a un dios que se niega a sentarlos junto a su gloria. En ocasiones la muerte tiene la bondad de llevarnos con los ojos abiertos, cual eterna despedida del mundo.

No se podía esperar menos. De inmediato los pescadores rodearon el espacio acuático donde el Usumacinta se había tragado los cuerpos. Arrojaron sus redes una y otra vez cual neófitos nerviosos. Sentir la muerte a las espaldas estresa la pericia. Un pescador anciano avanzó río abajo, la experiencia y la cabeza fría le indicaban que la corriente había arrastrado los cadáveres.

Al tercer intento sintió un peso mayor al de los peces «diablo» capturados por su red, inclinó la cabeza en señal de quien ha obtenido un humilde triunfo. De prisa los demás pescadores avanzaron para ayudar al anciano. Efectivamente, era la milicia descoyuntada ante los gruesos hilos de las redes. La gente aplaudió al anciano, otros llevaron las manos a sus bocas queriendo ahogar un grito.

Como en una procesión de entierro llevaron los cuerpos hacia la orilla. Nadie intentó ofrecer su boca para los primeros auxilios, la muerte ya no estaba fresca. Los ojos de los occisos tenían la frialdad de los pescados muertos, se murmuraba, se callaba, el conjunto musical pobló la playa de silencio.

Los vacacionistas pronto olvidaron el incidente, la policía se haría cargo de los cuerpos que comenzaban a causar disgusto a los turistas. Un perro olfateó a los occisos, intentó mover la cabeza de Dante con su hocico, el capitán caminaba en los senderos de la muerte. El perro sin más corrió hacia las sobras que quedaban en la playa. Las olas comenzaron a jalar los cuerpos nuevamente hacia el río, a sus misterios, a los rumores lentos que excitan la memoria. La Chica Superior se detuvo frente a los bultos sin vida, jaló de golpe sus cabellos que de pronto cayeron sobre su frente, y paseó la mirada en ambos cuerpos. Fijó sus ojos azules en la cadena de oro que rodeaba el cuello de Dante. De un tajo despojó al militar de ese brillo metálico que rodeaba parte de su desnudo pecho. El rostro de la rubia parecía hermético, era imposible distinguir algún gesto en su mirada. Se dirigió al conjunto musical dando ligeros saltos, la arena parecía arder bajo un sol calcinante y ella se encontraba descalza. La playa continuó por horas inundada de un silencio casi evangélico, la gente comenzó a despejar la playa con sigilo, sin voltear siquiera a mirar los cuerpos por vez última, después de todo, ellos eran los causantes de semejante tajo a la diversión de los vacacionistas.

De pronto las nubes comenzaron a cargarse hacia aquella lejana ciudad fronteriza. Se estaba al filo del agua. Había que lavar el silencio y los cuerpos descoyuntados. Pero la rubia seguía allí, vigilante, contemplando a los occisos, a quienes los únicos movimientos ahora les llegaban por el azote de las olas.

ÍNDICE

<i>Veritas filia temporis</i>	11
Boleto	21
La conciencia del Diablo	23
Despedida	29
Ilya	31
Otredad	37
Rosco	43
¿Atolito o a Benita?	49
Rebeldes del Usumacinta	53
El milagro	61
Juan Tul	67
Los dones de la verdad	75
Monólogo del loco	81
Cuando se nombra el silencio	85



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bepalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Ramiro Chávez Gochicoa
Secretario de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





Cuando se nombra el silencio, de Edwin Omar Marín, se terminó de imprimir el 10 de diciembre de 2020, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., calle Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo, EB Garamond y Roboto. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.

